

crasias del autor que influyen en su actuación sobre el material ensayístico y en su transformación durante la producción del discurso. La segunda consideración es la función del discurso resultante, en relación con otros discursos y los relevantes contextos social, económico, político, tecnológico, cultural y estético. En este artículo explicaré algunos de estos factores relacionados con el *Facundo* de Domingo F. Sarmiento, con la intención de indicar algunas de las direcciones que un más largo y detenido estudio de su discurso puede tomar.

Una comparación inicial con *Essais* de Michel de Montaigne nos ayudará en la empresa de caracterizar ciertos aspectos del discurso ensayístico del *Facundo*, que es sin ninguna duda un hito en la producción ensayística latinoamericana. La obra de Montaigne es una elección adecuada para esta comparación porque combina una clara conceptualización del término «ensayo» con una majestuosa demostración de cómo esa definición se logra encarnar en discurso efectivo. Al entender la función «ensayística» de los escritos de Montaigne, será posible formar una hipótesis sobre la relación entre ese discurso específico y los factores relativos a su producción.

No nos sorprende encontrar en *Essais* de Montaigne la primera y quizá más prestigiosa conceptualización de la palabra *essay* en la tradición cultural del Occidente. Según la entendía Montaigne, esta palabra da título a una forma literaria en el proceso de ser creada: fuertemente sugiere una actividad. Montaigne entendía que la actividad de escribir estaba íntimamente relacionada con el proceso de crear ideas. El proceso de trazar palabras sobre una hoja blanca servía para testimoniar la actividad mental de una continua evaluación y reconsideración de sus preconcepciones anteriormente formadas. El acto de articular palabras correspondía a esta *registration* mental a la luz del fluir constante de nuevas experiencias y percepciones: escribió que la *registration* «es, en un último análisis, un método de auscultación de las observaciones, de los movimientos interiores de uno mismo..., una incesante escucha de las voces cambiantes que suenan dentro de él»<sup>4</sup>.

Es de entender que una persona sinceramente convencida de la necesidad de cuestionar todo y de dudar continuamente sobre toda posición anteriormente aceptada, también mostraría poca confianza en cualquier afirmación o intento de explicación sobre la base de un sistema conceptual dado. Por eso, la libre narración indagatoria de Montaigne estaba íntimamente ligada a su profundo escepticismo con respecto al proyecto racional de la humanidad —una posición que chocaba a veces con la fe desbordada en el *logos* que muchos otros pensadores de su época «ilustrada» afirmaban. La perturbante duda expresada por Montaigne acerca de las deliberaciones de muchos de sus coetáneos hubiera provocado la exasperación de gran parte de éstos. El famoso lema del pensador de Burdeos era «¿Qué es lo que sé?—*Que sais-je?*» Quiere decir que Mon-

*que ver con las teorías de las tradiciones literarias, los géneros, las convenciones, los procedimientos retóricos, etcétera. Eagleton explica que cualquier número de estas diferentes categorías o niveles de la determinación ideológica pueden ser homólogas. También es posible, sin embargo, que exista un grado de conflicto y oposición entre estas categorías, que podría causar una ideología del texto compleja y a veces contradictoria.*

<sup>4</sup> Karl Joachim Weintraub, *The Value of the Individual: Self and Circumstance in Autobiography* (Chicago: The University of Chicago Press, 1978), p. 178.

taigne rechazaba para sus escritos las metas del razonamiento epistemológico y del análisis filosófico que casi todos los otros pensadores de su época abrazaban. A diferencia de ellos, pensaba que las verdades accesibles a la comprensión humana eran humildes y limitadas. El podía hablar con autoridad sólo acerca de lo que él personalmente experimentaba o sentía. Su tarea radical como escritor no tenía como misión el mover mundos. Sin presunción, Montaigne sólo ambicionaba captar por medio de las palabras escritas las pequeñas variaciones de sus propias percepciones. De esa manera él iba a contribuir al proyecto de los pensadores de su generación, el de aumentar el caudal de conocimientos disponibles a una humanidad que ansiaba una mejor comprensión de la naturaleza humana y el mejoramiento de sus condiciones de vida. Paradójicamente, la grandeza de Montaigne para la posteridad se basa en su brillante exposición de esa humilde labor, la de «tomar nota de los ensayos de mi vida»<sup>5</sup>. El era muy consciente de la afinidad entre su incesante búsqueda intelectual y su errante, indagante expresión. La escritura ensayística era para él una auténtica praxis, porque respondía en cuanto al tema y forma de exposición a como él entendía su particular situación y sus objetivos de comunicación.

El escepticismo de Montaigne con respecto al pensamiento logocéntrico estaba en el substrato filosófico de su estilo ensayístico. El estaba convencido de que ningún individuo podía llegar a conocer los principios primeros o absolutos en relación al comportamiento de la humanidad: «la humanidad es un sujeto maravillosamente vano, diverso y siempre cambiante»<sup>6</sup>. El hombre, de acuerdo con este punto de vista, es una criatura en constante movimiento que se realiza a través de la acción. Pero Montaigne no podía ofrecer una firme idea sobre el recto discurrir de la actividad del hombre, confundido como él estaba por la gran variedad de costumbres y hábitos, al igual que por el alboroto de tantos cerebros filosóficos<sup>7</sup>. Su escepticismo no era tanto una lección de desesperación, sino una constante invitación a confirmar lo que él mismo creía, y a estar en guardia en contra de las tonterías presuntuosas. La escritura era el itinerario de este continuo preguntarse, que frecuentemente batallaba contra hipótesis previamente formadas, y deshacía posiciones anteriormente aceptadas: «Es posible que me contradiga, pero como dijo Demades, nunca contradigo a la verdad. Si mi mente pudiera encontrar un firme asiento, no hablaría indecisamente. Yo decidiría: mi mente siempre está de aprendizaje, y bajo interrogación»<sup>8</sup>. Esta concepción de la verdad puede relacionarse con la visión mundial de los pensadores pre-socráticos; también nos impresiona por la semejanza con los postulados contemporáneos del post-modernismo.

Saltando siglos y desplazándonos hacia otro continente, consideremos ahora a Sarmiento. La posteridad reconoce un punto de contacto entre estos dos eminentes hombres: ambos eran escritores; en los escritos de los dos encontramos los más logrados ejemplos, para sus respectivos períodos, de un discurso «ensayístico». Sin embargo, las dife-

<sup>5</sup> Ibid.

<sup>6</sup> Erich Auerbach, «L'Humaine Condition», *Mimesis: The Representation of Reality in Western Literature*, trans. Willard R. Trask (Princeton: The Princeton University Press, 1968), p. 291.

<sup>7</sup> Weintraub, *The Value of the Individual*, p. 173.

<sup>8</sup> Auerbach, «L'Humaine Condition», p. 285, cita a Michel de Montaigne, *Essais*, III, 2.